

2. *La Iglesia cristiana en el primer milenio*

La historia de la música en la Europa medieval está unida a la historia de la Iglesia cristiana, la institución social dominante durante casi toda la Edad Media. Los oficios religiosos eran más bien cantados o entonados en lugar de enunciados. Numerosos aspectos de la música de Occidente, de la notación a la polifonía, comenzaron a desarrollarse en el seno de la Iglesia occidental. La mayoría de las escuelas formaban parte de la Iglesia y la mayor parte de compositores y escritores sobre música se formaban en ella. Además, puesto que la notación se inventó para la música sacra, este tipo de música es la mejor conservada hasta el día de hoy.

Este capítulo examina el desarrollo de la Iglesia en Occidente y su música, incluidas las tradiciones y valores que dieron forma a la práctica y al concepto de la música, a la estandarización de la liturgia y de la música como una fuerza unificadora y al desarrollo de la notación como una herramienta para especificar y mostrar la melodía. La Iglesia se dejó inspirar por la filosofía y la teoría griegas de la música, aunque también promovió la teoría sobre la práctica para los músicos en formación.

La expansión del cristianismo

Jesús de Nazaret, cuya vida y enseñanzas dieron lugar al cristianismo, era judío y a la vez súbdito del Imperio Romano. Sus enseñanzas partían de las escrituras judaicas, si bien sus instrucciones de «hacer discípulos de todas las naciones» (san Mateo 18, 19) desencadenaron un movimiento que se extendió a lo largo y ancho del mundo romano. San Pablo (ca. 10-ca. 67 d.C.) y otros apóstoles viajaron por Oriente Próximo, Grecia e Italia proclamando el cristianismo como una religión abierta a todos. La promesa de la salvación después de la muerte, así como su fuerte sentido de co-

munidad y de igualdad entre las clases sociales, atrajo a muchos que se convirtieron al nuevo credo. Las mujeres se sintieron también motivadas por el cristianismo y desempeñaron un papel fundamental en su crecimiento.

A los súbditos de Roma se les permitía la práctica de sus propias religiones siempre y cuando venerasen también a los dioses y emperadores romanos. Pero cualquier grupo que venerase a un solo dios y negase a los otros buscando convertir a gentes de todas las nacionalidades suponía una amenaza para la religión del Estado y, por ende, para el Estado mismo. Los cristianos fueron perseguidos en distintas ocasiones; tenían que congregarse en secreto y algunos sufrieron martirio. Sin embargo, el cristianismo siguió captando adeptos, incluso entre las pudientes y poderosas familias romanas.

En el 313, un año después de su conversión, el emperador Constantino I (r. 310-337) emitió el Edicto de Milán, por el cual se legalizaba el cristianismo y se permitía la propiedad privada de la Iglesia. Para entonces, el cristianismo estaba firmemente establecido en la mayor parte de las ciudades del Imperio. En el 392, el emperador Teodosio I (r. 374-395) convirtió al cristianismo en la religión oficial y prohibió todas las demás, con excepción del judaísmo. La Iglesia se organizó siguiendo el modelo del Imperio, con territorios llamados diócesis y una jerarquía de Iglesias locales, obispados y arzobispados encabezados por los patriarcas de Roma, Antioquía, Alejandría, Constantinopla y Jerusalén. Hacia el 600, la totalidad del territorio otrora controlado por Roma era prácticamente cristiano, como puede verse en el mapa 2.1.

La herencia judaica

El cristianismo surgió de raíces judaicas y algunos elementos de las prácticas religiosas cristianas derivan de las tradiciones judías, principalmente el canto de las escrituras y la entonación de los *salmos*, poemas de alabanza del libro hebreo de los Salmos.

El segundo templo de Jerusalén, construido al final del siglo VI a.C. en el lugar del templo originario de Salomón, era un lugar público de culto hasta su destrucción por los romanos en el 70 d.C. Las ceremonias giraban en torno a un sacrificio —por lo general, un cordero— llevado a cabo por los sacerdotes, asistidos por los levitas (miembros de la clase sacerdotal, músicos incluidos), al que asistían los fieles laicos. Dependiendo de la ocasión, los sacerdotes y a veces los fieles se comían parte de la ofrenda. Los sacrificios se celebraban dos veces al día, si bien se ofrecían oficios religiosos adicionales durante las festividades y los sábados (*sabbath*). A lo largo del ritual, un coro de levitas entonaba los salmos asignados a ese día, acompañándose con el arpa o el salterio. También usaban trompetas y platillos.

En tiempos pretéritos, las sinagogas eran centros de lectura y homilía antes que de culto. La lectura pública de las escrituras se realizaba probablemente cantando, como en los siglos posteriores, y empleando un sistema de *cantilación* (canto de textos sagrados) basado en fórmulas melódicas que reflejaban las divisiones de las locu-

LECTURA DE FUENTES

Una ceremonia cristiana en Jerusalén, ca. 400

En torno al 400 d.C., una monja española llamada Egeria, de peregrinaje hacia Jerusalén, describió las prácticas religiosas que se observaban allí, anotando los salmos e himnos cantados entre las plegarias y las lecturas de la Biblia. Su testimonio supone un documento crucial de las prácticas cristianas primitivas. El pasaje citado a continuación describe la vigilia de la madrugada del domingo, oficio llamado posteriormente *maitines*.

En cuanto se escucha el canto del gallo, el obispo baja inmediatamente y penetra en la cueva [en la iglesia] de la Anástasis. Se abren todas las puertas y la muchedumbre penetra en la Anástasis, donde ya están prendidos incontables cirios; cuando la gente está dentro, uno de los sacerdotes entona un salmo y todos responden, siguiendo a ello una oración. Después, uno de los diáconos canta un salmo, igualmente seguido de una oración, y un tercer salmo es entonado por algún clérigo, seguido de una tercera oración y de la conmemoración de todos. Cuando se han cantado estos tres salmos y se han dicho las tres oraciones, he aquí que varios incensarios son llevados a la caverna de Anástasis, de manera que toda la basílica de Anástasis se llena de su fragancia. Y entonces, mientras permanece en pie detrás de la verja, el obispo toma el libro de los evangelios, se dirige a la puerta y lee la Resurrección del Señor. Cuando ha comenzado su lectura, se producen tales gemidos y lamentaciones entre todos los presentes, y llantos tales, que incluso el más duro de los corazones fuese empujado a llorar porque el Señor sufrió tanto por nosotros. Tras la lectura del evangelio, el obispo se retira y es conducido hasta la Cruz, acompañado por todos los fieles. Allí, una vez más, se entona un salmo y se pronuncia una oración. Entonces, bendice a los fieles y les autoriza a retirarse. Y cuando el obispo sale, todos se acercan para besarle la mano.

Del *Itinerarium Egeriae* XXIV, 9-11, en *Music in Early Christian Literature*, ed. James W. McKinnon (Cambridge: Cambridge University Press, 1987), 115.

ciones del texto. Algunas lecturas estaban establecidas para días y festividades concretas.

Encontramos diversos paralelismos entre el sacrificio del templo y la misa cristiana de los siglos posteriores (descritos en el capítulo 3), que incluyen un sacrificio simbólico en el cual fieles y sacerdotes comparten el cuerpo y la sangre de Cristo en la forma del pan y del vino. Pero la misa conmemora también la Última Cena que

Jesús compartió con sus discípulos, imitando así la comida de la festividad de la Pascua judía, acompañada por el canto de los salmos. El canto de salmos estipulados para ciertos días se convirtió en un elemento central de todas las prácticas religiosas cristianas. Y de igual modo ocurrió con la práctica de la sinagoga de congregarse en una casa de encuentro para escuchar la lectura de las escrituras y los comentarios de los asistentes acerca de ellas.

No sabemos a ciencia cierta si las melodías cristianas utilizadas en la entonación de los salmos y en el canto de las escrituras fueron adoptadas a partir de las empleadas en los ritos judíos, puesto que ninguna de ellas fue puesta por escrito hasta muchos siglos más tarde. Pero las similitudes entre las melodías judías transmitidas por la tradición oral y las fórmulas melódicas medievales para el canto de los salmos en las iglesias cristianas sugieren que tuvo lugar algún tipo de préstamo o de mezcla.

La música en la Iglesia primitiva

La actividad musical de Jesús y de sus discípulos más antigua de que se tiene constancia es el canto de himnos (san Mateo 24, 30; san Marcos 14, 26). El apóstol Pablo exhortó a las comunidades cristianas que cantasen «salmos e himnos y canciones espirituales» (Efesios 5, 19; Colosenses 3, 16). En torno al 112, Plinio el Joven, gobernador de la provincia romana de Asia Menor, informó de la costumbre cristiana de cantar «una canción a Cristo como si fuese un dios». Los cristianos se congregaban a menudo con ocasión de cenas en comunidad en las que cantaban salmos e himnos.

Cuando, en el siglo IV, creció el número de convertidos a la nueva fe y se asentó también el reconocimiento oficial, los pequeños encuentros informales dieron lugar a reuniones públicas en grandes edificios rectangulares llamados basílicas. En su interior, el canto de las plegarias y de las escrituras contribuía a la inteligibilidad del texto en las dimensiones del amplio espacio. Los creyentes más devotos buscaban una vida de oración permanente. Viviendo en total aislamiento como eremitas o juntos en los monasterios, cantaban o recitaban los salmos muchas veces al día como una forma de oración o de meditación. En las postrimerías del siglo IV, las ceremonias cristianas comenzaron a reflejar una forma estandarizada y el canto se convirtió en un rasgo característico, tomando los textos tanto del Libro de los Salmos como de himnos que no proceden de la Biblia (véase Lectura de fuentes, p. 43). Esta práctica del canto de salmos e himnos fue codificada en los ritos de la Iglesia medieval (descritos en el capítulo 3) y ha pervivido hasta el día de hoy, de distintas formas, entre los cristianos del mundo entero.

Si bien se alentaba la práctica de los cantos de alabanza, algunos dirigentes de la Iglesia primitiva rechazaron otros aspectos de la antigua práctica. Influyentes escritores cristianos, como san Basilio (ca. 330-379), san Juan Crisóstomo (ca. 345-407), san Jerónimo (ca. 340-420) y san Agustín (354-430), conocidos hoy como «padres

LECTURA DE FUENTES

San Agustín, acerca de la utilidad y de los peligros de la música

San Agustín es uno de los pensadores más significativos de la historia del cristianismo y de la filosofía occidental. Sus *Confesiones* se consideran la primera autobiografía moderna. En el pasaje citado a continuación expresa la tensión entre la capacidad de la música para acrecentar la devoción y la capacidad para seducir por el mero placer de escucharla.

Cuando recuerdo las lágrimas que vertí por los cantos de la iglesia en los primeros días de mi fe recobrada e incluso ahora, cuando me conmueven no tanto los cantos sino las palabras cantadas —cuando son cantadas con voz fluida y una melodía absolutamente apropiada—, reconozco el beneficio inmenso de esta práctica. Así, me siento flaquear entre el peligro del placer y el beneficio de mi experiencia; pero me siento inclinado, aunque no mantengo una posición irrevocable, a aprobar la costumbre de cantar en la iglesia, de modo que los más débiles de espíritu puedan ascender al trance de la devoción mediante la satisfacción de sus oídos. Y, sin embargo, cuando sucede que me siento más conmovido por el canto que por lo que éste expresa, confieso pecar gravemente y preferiría no escuchar al cantor en tales ocasiones. ¡Ved en qué condición me hallo ahora!

San Agustín, *Confesiones*, X, cap. 33.

de la Iglesia», interpretaron la Biblia y sentaron los principios rectores de la Iglesia. Como los griegos de la Antigüedad, creían que el valor de la música radicaba en su poder para influir en el *ethos* de los oyentes, para bien o para mal; san Agustín se conmovía tan profundamente por el canto de los salmos que terminaba por asustarse del placer que le producía, aunque aprobaba su capacidad para estimular pensamientos devotos (véase Lectura de fuentes, p. 45). La mayoría de los padres de la Iglesia rechazaron la idea de cultivar la música por el mero placer y se atuvieron al principio platónico según el cual las cosas bellas existen para recordarnos la belleza divina. Este punto de vista subyace a muchas declaraciones posteriores sobre la música por parte de dirigentes eclesiásticos y de teólogos de la Reforma protestante.

Para los líderes de la Iglesia primitiva, la música era sierva de la religión, y únicamente la música que hacía accesible al espíritu las enseñanzas cristianas y los pensamientos sagrados era digna de ser escuchada en la iglesia. Al considerar que la música sin palabras no era capaz de ello, la mayoría de padres de la Iglesia condenaron la música instrumental. Las numerosas referencias al arpa, la trompeta y a otros instrumentos en el Libro de los Salmos y demás escrituras hebreas se interpretaron como

alegorías. Aunque los cristianos podían utilizar la lira para acompañar los himnos y los salmos en sus hogares, en el interior de la iglesia no se utilizaban instrumentos. Por esta razón, toda la tradición de música cristiana durante más de mil años fue la del canto sin acompañamiento. Además, los recién convertidos asociaban el canto más elaborado, los grandes coros, los instrumentos y la danza con espectáculos paganos. La interdicción de tales tipos de música contribuyó a separar a la comunidad cristiana de la sociedad pagana circundante y a que se proclamara la perentoria necesidad de subordinar los placeres de este mundo al bienestar eterno del alma.

Divisiones en la Iglesia y dialectos del canto

Las disputas entre teólogos y gobernantes condujeron a distintas divisiones entre los cristianos durante el primer milenio. La división más significativa tuvo lugar en 395, con la fractura en dos partes del Imperio Romano. El Imperio de Occidente, gobernado desde Roma o Milán, sufrió las invasiones de las tribus germanas hasta su derrumbe en el 476. El Imperio de Oriente tuvo su centro en Constantinopla (anteriormente Bizancio, actualmente Estambul), reconstruida por Constantino como su capital. Conocido más tarde como Imperio Bizantino, tuvo una existencia de más de mil años, hasta la caída de Constantinopla ante los turcos en 1453.

En el Imperio de Oriente, la Iglesia estaba bajo el control del emperador. No obstante, con el declive y la desaparición del Imperio de Occidente, el obispo de Roma fue asumiendo gradualmente el control de la Iglesia de Occidente. La Iglesia oriental siguió utilizando el griego, el lenguaje de los primeros apóstoles cristianos, mientras que, a partir del siglo III, el latín, la lengua del Imperio Romano, fue la utilizada en Roma y en Occidente. Las crecientes diferencias teológicas intensificaron la división hasta el 1054, cuando ésta se convirtió en permanente. La Iglesia occidental pasó a ser la Iglesia Católica Romana y el obispo de Roma empezó a ser conocido como el papa (de *papá*, «padre» u «obispo»). La Iglesia bizantina es la antecesora de las Iglesias ortodoxas del presente.

Los primeros oficios religiosos no estaban rígidamente determinados, sino que había ciertas pautas comunes a todas las Iglesias cristianas. Cuando el cristianismo comenzó a diversificarse, cada rama o región desarrolló su propio *rito*, consistente en un *calendario eclesiástico*, el calendario de los días en que se conmemoraban eventos especiales, personajes individuales o períodos del año; una *liturgia*, o corpus de textos y actos rituales asignados a cada oficio; y un repertorio de *canto llano* o *canto*, la entonación al unísono de melodías para los textos prescritos. Los diferentes repertorios regionales se denominan *dialectos del canto* en analogía a los dialectos de un idioma. Nos centraremos en el dialecto más importante para la historia de la música occidental, el *canto gregoriano*, pero trataremos brevemente también los *cantos bizantino, ambrosiano y viejo romano* (o *protorromano*), mencionando asimismo los otros dialectos.

Cronología: La Iglesia cristiana primitiva

- 1000-973 a.C. Reinado del rey David en Israel
- 587-538 Cautividad de los hebreos en Babilonia
- Después de 538, hacia el año 516: Construcción del segundo Templo de Jerusalén
- 63 a.C. Los romanos conquistan Jerusalén
- Ca. 33 d.C. Crucifixión de Jesús
- 70 Los romanos destruyen el Templo de Jerusalén
- 135 Los romanos destruyen Jerusalén y expulsan a los judíos
- 313 El emperador Constantino hace público el Edicto de Milán, legalizando el cristianismo
- 392 El cristianismo se convierte en la religión oficial de Roma
- 395 Separación de los Imperios romanos de Oriente y de Occidente
- Inicios del siglo v: *Las bodas de Mercurio y Filología*, de Martianus Capella
- 476 Fin del Imperio Romano de Occidente
- Ca. 500-510 *De institutione musica*, de Boecio
- Ca. 530 *Regla de san Benito*, guía para los monasterios de Occidente
- 590-604 Papado de Gregorio I (el Grande)
- Finales del siglo VII: Establecimiento de la Schola Cantorum
- 715-731 Papado de Gregorio II
- 751-768 Reinado de Pipino el Breve, rey de los francos
- Ca. 754 Pipino ordena el uso de la liturgia y del canto romanos
- 768-814 Reinado de Carlomagno
- 800 Carlomagno es coronado emperador por el papa
- Ca. 850-900 *Musica enchiriadis y Scolia enchiriadis*
- 1025-1028 *Micrologus*, de Guido d'Arezzo
- 1054 Cisma definitivo entre las Iglesias de Roma y de Bizancio

Canto bizantino

Los oficios religiosos bizantinos incluían la lectura de las escrituras —cantadas utilizando fórmulas que reflejaban la prosodia del texto—, así como de salmos e himnos cantados por medio de melodías enteramente desarrolladas. Las melodías estaban clasificadas en ocho modos o *echoi* (singular, *echos*), que servían de modelo para los ocho modos de la Iglesia occidental (véase más adelante).

Los cantos bizantinos más característicos eran los himnos, cuya importancia en la liturgia y cuyo desarrollo fue mayor en las Iglesias orientales que en Occidente, e incluían una amplia tipología. Las melodías hímnicas se anotaron en libros a partir del siglo X y muchas se cantan todavía hoy en los oficios religiosos de la Iglesia ortodoxa griega. En el siglo IX, los misioneros bizantinos llevaron sus ritos a las tierras eslavas del norte, dando lugar a la Iglesia ortodoxa rusa y a otras Iglesias eslavas; los textos

griegos fueron traducidos a las lenguas locales y las melodías se adoptaron fielmente, aunque con el tiempo se dieron divergencias de la tradición.

Muchas melodías del canto bizantino se crearon por el método de *centonización* (del latín *cento*, centón*), es decir, mediante la combinación de fórmulas estándar para formar una melodía nueva. Algunos motivos se utilizaban para un tipo concreto de canto o estilo melódico; algunos eran apropiados para el principio, algunos para el medio y otros para el final de una melodía, mientras que otros establecían buenos vínculos de conexión; algunos eran asociados a ciertos modos, tonos o pausas de acentuación y otros estaban constituidos como figuras ornamentales.

Dialectos de Occidente

Tras la desintegración del Imperio occidental, el control de Europa del oeste se disminó entre pueblos distintos como, por ejemplo, los celtas, los anglos y los sajones en las islas británicas, los francos en la Galia (aproximadamente la Francia de hoy día), los visigodos en España, y los ostrogodos y lombardos en el norte de Italia. Todos terminaron por convertirse al cristianismo y adoptar las doctrinas de la Iglesia occidental. Así surgieron una serie de ritos locales y regionales, cada uno con su propia liturgia y su repertorio de cantos. Además de la tradición propia de Roma, existía una multiplicidad de usos en la Galia, conocidos en conjunto como canto galicano, el canto celta en Irlanda y parte de Bretaña, el mozárabe en España, el beneventano en el sur de Italia, y el ambrosiano en Milán.

El centro más importante de la Iglesia occidental aparte de Roma era Milán, ciudad próspera que mantenía estrechos vínculos culturales con Bizancio y el este de Europa. Fue el lugar de residencia oficial de los emperadores orientales y, más tarde, la capital del reino lombardo en Italia del norte, cuyo apogeo se produjo entre los años 568 y 744. Los cantos del rito milanés recibieron el nombre de *canto ambrosiano*, en honor a san Ambrosio, obispo de Milán del 374 al 397, aunque no sabemos si estos cantos datan de la época de Ambrosio. La liturgia y el canto ambrosiano se han mantenido en Milán hasta el día de hoy a pesar de los intentos de suprimirlo. Muchos de estos cantos son similares a los de Roma, lo que indica, o bien cierto intercambio, o bien una fuente común a ambos.

Del siglo VIII en adelante, la liturgia de la Iglesia occidental siguió de manera creciente las pautas de Roma, después de que los papas y los gobernantes seculares aliados con ellos, en un intento de consolidar su autoridad, unificaron lo que podía ser dicho y cantado en los oficios de las iglesias. En este proceso, la liturgia y la música se valoraban no sólo por sus funciones religiosas, sino también como medios para

* Centón: colección de frases y sentencias o de fragmentos literarios de diversos autores. [N. del T.]

imponer un control más centralizado. Finalmente, la mayor parte de dialectos locales desaparecieron o fueron absorbidos por una única práctica uniforme, cuya autenticidad emanaba directamente de Roma.

La creación del canto gregoriano

La codificación de la liturgia y de la música bajo los dirigentes romanos hizo posible, con la ayuda de los reyes francos, el nacimiento del repertorio conocido como *canto gregoriano*. Según parece, la Schola Cantorum (escuela de cantores), el coro que cantaba cuando el papa oficiaba las ceremonias, fue fundada al final del siglo VII y probablemente desempeñó un papel importante en la estandarización de las melodías del canto a comienzos del siglo VIII. A mediados de ese siglo, algunos textos litúrgicos particulares y las melodías para interpretarlos fueron atribuidos a determinados oficios durante todo el año en una orden adicional que no fue alterada en su esencia hasta el siglo XVI.

Entre los años 752 y 754, el papa Esteban II pasó una temporada en el reino de los francos con una comitiva que debió incluir a la Schola Cantorum. Como resultado de esta visita, Pipino el Breve (r. 751-768), elegido rey de los francos con el apoyo del papa precedente, ordenó que la liturgia y el canto romanos se practicaran en todos sus dominios y suprimió el rito galicano autóctono. La alianza entre el papa y el rey fortaleció la liturgia y el canto, mientras que la imposición de una liturgia y de un repertorio musical uniformes contribuyó a que Pipino consolidara su poder en la diversidad de su reino, por lo que tal unificación tuvo una función tanto política como religiosa. Su hijo Carlomagno (reinó, 768-814), cuyas conquistas expandieron sus territorios por toda la Francia actual, los Países Bajos, el este de Alemania, Suiza e Italia del norte, continuó su política y mandó llamar a cantores de Roma que enseñasen el canto en las tierras del norte. Los vínculos entre Roma y los francos se vieron fortalecidos cuando el papa León III coronó a Carlomagno emperador en Roma en la Navidad del año 800, dando inicio a lo que se conoce como Sacro Imperio Romano Germánico. El mapa 2.2 muestra su imperio.

Los libros de los textos litúrgicos de esta época, que aún carecían de notación musical, atribuyeron el canto al papa Gregorio I (san Gregorio el Grande, papado 590-604), lo que condujo a la denominación de *canto gregoriano*. Esto puede dar lugar a una identificación errónea —como hemos visto, el canto se codificó probablemente a comienzos del siglo VIII por la Schola Cantorum, quizá durante el papado de Gregorio II (715-731). Esta atribución equivocada pudo tener su origen entre los ingleses, que adoptaron el rito romano poco después de los francos. Los ingleses veneraban a Gregorio I como el fundador de su Iglesia y, en consecuencia, quisieron atribuirle su liturgia y su música. La leyenda afirmaba que los cantos fueron dictados a Gregorio por el Espíritu Santo en la forma de una paloma, como se muestra en la ilustración 2.1. Tanto la adscripción a un papa venerado como la leyenda ponían de relieve la percepción



ILUSTRACIÓN 2.1 El papa Gregorio el Grande (papado 590-604) escucha a la paloma (símbolo del Espíritu Santo) que le revela los cantos y, al mismo tiempo, los dicta a un copista. Éste, intrigado por las pausas en el dictado del papa, ha bajado la pizarra y se asoma por detrás de la cortina. Tales ilustraciones en los manuscritos surgieron a partir de la leyenda según la cual Gregorio codificó el canto que lleva su nombre y lo divulgó por escrito. Por lo que sabemos, el canto no fue plasmado en notación escrita hasta dos siglos más tarde.

de este canto como algo antiguo, auténtico y de inspiración divina, facilitando así su adopción. He aquí una evolución fascinante: demuestra no sólo el deseo de establecer como tradicional un repertorio cuya forma era relativamente nueva, sino también el uso de la propaganda para llevarlo a cabo. Después de que Carlomagno y sus sucesores promulgasen el canto gregoriano en todos y cada uno de sus dominios, pudo extenderse a lo largo y ancho de la Europa occidental hasta ser utilizado en casi todas partes y operar como la música común de una Iglesia más unificada.

Irónicamente, otro repertorio de cantos persistió durante algún tiempo en la propia Roma, donde se ha conservado en manuscritos que datan de los siglos XI y XII. Llamado en la actualidad *canto viejo romano* (o canto protorromano), utiliza esencialmente los mismos textos que el canto gregoriano y representa así la misma tradición litúrgica, cuyo origen está en la Roma del siglo VIII. Sus melodías se asemejan a las del canto gregoriano, aunque están con frecuencia más ornamentadas, lo que sugiere que ambos dialectos del canto proceden de una fuente común. Todavía resulta materia de debate determinar si las melodías del canto protorromano representan la cepa original a partir de la cual se adaptaron las melodías gregorianas, o si aquellas son una variante de tal repertorio del siglo VIII, evidenciando siglos de transmisión oral y ornamentación continua antes de que fuesen puestas por escrito.